

# PEÑA SANTA

REVISTA DEL GRUPO DE MONTAÑA PEÑA SANTA · NÚMERO 6 · AÑO 2010



- Ascensión al Nevado Choquezafra
- Recuerdos de arena y sol, Pakistán
- Francois Bernat-Salles, el francés sencillo
- Actividades del Grupo de Montaña 2009

*Urrutia*



Grupo  
PEÑA SANTA



**Sábado 27-Sep-08.**

8:00

¡Arriba todo el mundo! Se acabó la espera que comenzó a primeros de semana, el día que llegó a casa la carta donde alguien nos invita a una acampada para escuchar la berrea.

Hoy es el día.

Una ducha rápida, para que nos de tiempo a ducharnos a todos, y desayuno abundante, por eso de que no sabemos a qué hora vamos a comer.

Ya en la cocina, la extraña mezcla, agradable, del olor de la tortilla de patata que se esta terminando de hacer y del sabor del Colacao nos indica que el día no va ser como los demás, algo parecido a lo que sentimos los días que ya vamos por la mañana a la playa.

Los tupper, cumpliendo su función, se van llenando de comida.

# ¡Ni la venta,

La tortilla, con una segunda capa de periódico sobre el papel Albal, seguro que aguanta caliente hasta la hora de comer. Chocolate, avellanas, dos latas de mejillones, plátanos, manzanas y mandarinas, galletas, aceitunas, pistachos... ¿qué más? Lo último, para que esté lo más fría posible, la bebida; que pasa de una nevera, la de verdad, a la otra, acomodándose entre los bloques de hielo recién sacados del congelador. Ya está todo.

De pie, frente a unas bolsas llenas a rebozar de comida y bebida -como "pa" una bolsa-, mirándolas como si se pudiera ver el interior, un último balance mental entre lo que llevamos y lo que hay que llevar.

Inevitablemente la sensación...

Vamos justos de tiempo..., todavía hay que coger el pan -el doble, que es para dos días-..., no queda más remedio que marchar con la sensación de que, no sé qué, algo se olvida.

Llevamos hacia el coche un ingente viaje de bolsas. Quizás no nos acordemos que ayer ya lo dejamos lleno, para ganar tiempo, con la tienda de campaña, los sacos, unas mantas -"pa" echar arriba de los sacos, que ya estamos a finales de Septiembre-, las esterillas, la maleta con

ropa y calzado de repuesto, las mochilas y unas cazadoras -mejor las gordas, que ya enfría de noche-

10:06

Aparcamiento de Cangas de Onís.

La cita era a las 10:00.

Entre las pocas personas que se ven entre los coches -debemos ser de los primeros, o no...- buscamos a alguien conocido. Aunque sepamos, la experiencia así nos lo dice, que dentro de dos horas todos hablaremos con todos, nos sentimos más cómodos cuando nos recibe alguien conocido. En cuestión de unos segundos, lo que tardamos en bajarnos del coche, abandonamos el grupo de los esperados y pasamos a formar parte de los que esperan, entrando así en el involuntario juego de girar la cabeza hacia cada coche que se mueve a nuestro alrededor intentando averiguar quienes son sus ocupantes y si se unirán a nuestra aventura.

Pasan rápidos los diez, en este caso quince, minutos de cortesía entre frío, niebla, saludos e infinidad de conversaciones cruzadas acerca de la berrea, del Sporting, de cuántos seremos, del tiempo y, como no,



# ni ella!

de la omnipresente crisis.

Somos unos veinticinco.

Treinta y algo...

Cuarenta y pico...

Alguien dice, alrededor de las 10:30, que vamos a ir poniendo en marcha el convoy, eso sí, con parada intermedia por si hay algún problema de mareo.

Carretera, parada para café, San Juan, pista y, por fin, el destino final... Ventaniella.

Una brisa fría, limpia, nos recibe al bajar de los coches mientras comenzamos a deambular de uno a otro lado -¿que hay que hacer ahora...?-

Sin ser una actividad programada, el paso de la llamarga se convierte en la maniobra más solicitada por los escuadrones de "zapadores" que van a explorar nuevos territorios y, como no podía ser de otra manera, comienzan a llegar las primeras víctimas de guerra con heridas de barro hasta por encima de los tobillos. Primeras riñas, primeros, y únicos, cambios de calzado -ya no hay más de repuesto- y primeros avisos de "prepárate si te vuelves a mojar, que te enciendo...".

Alguien nos convoca para explicarnos las actividades previstas.

Todo el mundo en movimiento.

Entre risas, cuerdas, bromas, carreras, mosquetones, brazos que tiran y manos que anudan quedan instalados antes de comer la tirolina y los puentes tibetanos.

14:18

Ya no hay viento y el sol calienta. Se agradece.

Unos sobre manteles en el suelo y otros sobre mesas de camping, comenzamos a desplegar, como si de un buffet se tratara, todos nuestros víveres.

Momentos de alivio para las bolsas de comida y las neveras, que se ven liberadas de tanta presión interior.

-¡ Vaya, se nos olvidaron las servilletas de papel...!-, sin acabar de decirlo tres manos se estiran ofreciéndonos dos paquetes de servilletas y un rollo de papel de cocina con dibujos de frutas.

Todo en su punto.

El pan crujiente, la bebida fría y la tortilla caliente -¿ves cómo vale el papel de periódico?-. Mañana, paradojas de la vida, tomaremos la comida fría, la bebida caliente y el pan... de ayer. Es lo que hay.

La excesiva comida, como cada vez que comemos al aire libre, da paso a la calma

de los que toman café o intentan dormir una siesta.

Los pavos, gallinas, perros, gochos celtas y demás fauna que comparten sobremesa con nosotros, son testigos del nerviosismo de los que sienten, desde ya antes de comer, una necesidad vital de tirarse por la tirolina, o de cruzar los puentes de cuerda, o de lo que sea menos estar quietos, esperando.

15:30

Los juegos ya están en marcha.

En la pista de despegue de la tirolina se forma la cola.

Fila de a dos, o de a cinco..., depende.

Temor y audacia, duda y confianza, sentimientos contrarios a partes iguales sobre pies nerviosos que no pueden dejar de bailar mientras esperan turno.

Arnés, casco, mosquetón, pies en el aire, punto sin retorno, estomago que sube y, en un instante, vertiginoso descenso de los 10 metros de desnivel. ¿o eran 50?

Hay que repetir.

La valentía se queda con la tirolina.

Para los puentes tibetanos no hace falta. Sólo equilibrio.

Las cuerdas, dos, tensas y firmes en reposo, se vuelven inestables y flexibles al contacto humano hasta echar a tierra, uno a uno, a los que intentan cruzarlos. La mortal caída al imaginario vacío queda reducida a una expresión de fastidio tras un salto de 50 centímetros. Otra vez a la cola. A la segunda va la vencida, o a la tercera. Tras las cuerdas, la orientación.

Grupos de tres. No importa la edad.

Flechas hacia la derecha, y a la izquierda, formadas con piedras, con palos.

Contar pasos. Diez, once, doce..., debe ser aquí.

Buscar siete hojas, distintas... mejor ocho, por si acaso.

¿Y un ser vivo?. Si estuvieran quietos serían más fáciles de coger.

La tarde va pasando

19:00

Comienza el porteo de material, con riega y alambrada en medio del recorrido, desde los coches hasta la zona de acampada.

Ya hace frío.

El incontenible nerviosismo de los que dormirán por primera vez en una tienda de campaña comienza a aportar actividad al terreno, todavía despejado, que se convertirá en campamento.



Algunas tiendas, de última generación, van cayendo al suelo armadas en cuestión de segundos. Impresionante.

Martilleos sobre las piquetas, colchonetas que se hinchan, sacos que se despliegan, risas, carreras, juegos y la inevitable discusión de donde debe ir la puerta de la tienda tapan los primeros sonidos de la berrea. Es todo el silencio al que se puede aspirar de momento.

En poco más de una hora, al oscurecer, queda instalado nuestro particular campo base. Es buen momento para cenar y entrar en calor.

Los primeros que acaban de cenar esperan a los que todavía están cenando, eso sí, todos al abrigo de La Venta, que afuera hace un frío que pela...

Nadie tiene prisa por salir.



21:57

Irremediablemente tenemos que salir al exterior, exigencias del guión. La actividad que sigue tiene que ver con la narración de historias y leyendas, y qué mejor escenario que la noche. Con su frío. Con sus estrellas. Con su misterio. El frío y el desamparo que provoca la oscuridad en lugares abiertos hacen que nos agrupemos, como una manada, alrededor de la voz que nos relata la historia de cómo un ventero, en defensa de la hermana de rey Pelayo, dio nombre a aquel sitio.

En nuestra cabeza se recrea la escena de nuestro valeroso personaje arremetiendo contra los moros que intentan apresar a la joven hermana de Pelayo:

¡Ni la venta, ni ella...!

Tantas representaciones distintas como mentes imaginando.

Lo mismo ocurre con la leyenda del Peñón del Cabreru. El frío que hace nos ayuda a entender la agonía del infortunado pastor, aislado por la nieve, sin comida, meciedo directamente a la boca la poca leche de alguna cabra, agotando toda esperanza de vida. ¿Cómo se imaginará cada uno de los oyentes a las cabras paciéndose el pelo unas a otras antes de morir de hambre...?. Sinistro.

El agotamiento comienza a atacar por los más jóvenes. Es hora de poner fin a la jornada e ir a dormir.

El sueño y el cansancio consiguen que encontremos acogedoras las tiendas de campaña, a pesar de la brillante humedad que las cubre.

Los sacos de dormir, fríos al principio, he lados, nos van devolviendo poco a poco el calor que generamos haciéndonos caer en un placentero sueño.

Sueño profundo, agradable, que para algunos de los más pequeños, no todos, durará toda la noche.

Sueño profundo, agradable, que para la mayoría se truncará en un par de horas, tres a lo sumo, para dar paso a un estado de leve somnolencia interrumpido por una tos.

Y por el viento.

Y por un llanto.

Y por una postura incomoda.

Y por un ronquido.

Y por...

## Domingo 28-Sept-08

07:32

Ya amaneció.

Los "venaos" nos lo están recordando desde hace rato. Se intuye frío en el exterior. No nos importa, dentro de los sacos estamos a gusto. Murmullos. Cremalleras que se abren. Pasos que se alejan apurados. Pasos que retornan aliviados. Cremalleras que se cierran. Más murmullos.

La misma secuencia se va repitiendo en varias tiendas. Los más impacientes, que los hay, ya no regresan a las tiendas y se empiezan a formar los primeros corrillos en el exterior.

El tono de las conversaciones, imperceptible al principio, va aumentando gradualmente hasta alcanzar niveles que hacen despertar a los que todavía no lo habían hecho.

Nuestro peculiar campo base va cobrando vida. Poco a poco vamos abandonando el relativo confort de los sacos y nos vamos incorporando al transcurrir de la mañana.



Bostezantes, torpes, soñolientos...

El cuerpo nos pide algo caliente, así que no hay que apurar a nadie cuando se empieza a hablar de desayuno. Ya desarmaremos las tiendas luego. Lo primero es lo primero... Así les damos tiempo para que vayan secando.

Al cruzar la riega, un escalofrío nos recorrer la espalda con solo pensar en que un mal patinazo nos puede hacer entrar en contacto con el agua.

Prodigioso el efecto que puede tener un desayuno caliente.

Otra vez sonrisas en los rostros. Otra vez brillo en los ojos. Regresamos al campamento con energía renovada para acometer la primera actividad del día.

Al desmontar las tiendas, se repite la algarabía de la tarde anterior, cuando se montaron.

Nuestro campo base queda reducido a unos pocos montones de bolsas y mochilas.

Algunas tiendas, de última generación, se niegan a reducir su tamaño para entrar en sus fundas originales. Impresionante. ¡Quizá sean desechables...!

